

“Trabajo” y “proyecto propio”: aportes teórico-metodológicos de género y microemprendimientos de mujeres*

Lía Norverto**

Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer
Universidad Nacional de La Pampa, Argentina

Resumen: Este artículo se propone revisar algunas categorías de los estudios laborales, al analizar las intersecciones entre trabajo y género, desde una perspectiva sociológica. Esta línea estudia estrategias de generación de ingresos en mujeres- usuarias de microcréditos- que desarrollan proyectos grupales de autogestión en el período post crisis 2001, en Santa Rosa, La Pampa. Mujeres que agudizan su creatividad para enfrentar la desocupación sin políticas de protección social, y dentro de la informalidad, y que padecen múltiples desigualdades. Debido a que los diseños metodológicos convencionales resultan insuficientes para acercarnos a nuestro objeto de estudio, en este artículo nos proponemos rescatar algunos aportes teórico-metodológicos que consideramos de utilidad. Centramos las reflexiones en dos aspectos: el análisis de los lazos entre distribución desigual del trabajo, desigualdades de género y pobreza; y la consideración del diseño de proyectos productivos de las mujeres desde su faz creativa, para lo cual recurrimos a las contribuciones de corrientes vinculadas a recuperar las emociones, expresiones y creatividad humana como objetos narrativos.

Palabras clave: trabajo, mujeres, microemprendimientos, desigualdades, aportes metodológicos.

**“Work” and “Own Project”: Theoretical-
Methodological Contributions Based on Gender and
Women Micro-entrepreneurs**

Abstract: This article revisits some categories of labor studies, analyzing the intersections between work and gender from a sociological perspective. It studies income generation strategies in women- users of microcredit - who develop self-management group projects in the post-2001 crisis period , in Santa Rosa, La Pampa. These women sharpen their creativity to address unemployment without social protection policies, and within informality, and they suffer from multiple inequalities. Because conventional methodological designs are insufficient to approach our object of study, in this article we intend to rescue some theoretical and methodological contributions that we consider useful. Reflections will focus on two aspects: the analysis of the links between unequal distribution of labor, gender inequality and poverty, and consideration of the design of productive projects from creative women face, for which draws on contributions linked current restore emotions, expressions and human creativity as narrative objects.

Keywords: work, women microentrepreneurs, inequalities, methodological contributions.

Introducción

Este artículo se propone revisar algunas categorías de los estudios laborales, al analizar las intersecciones entre trabajo y género, desde una perspectiva sociológica. Se origina en el acercamiento a una población desde la tarea investigativa, tarea que interpela nuestras prácticas académicas y nuestras

*Se presentan los resultados del proyecto “Relaciones de género, políticas públicas y trabajo en La Pampa contemporánea. Impactos en la identidad ciudadana”. Proyecto que pertenece al Programa de Incentivos a los Docentes-Investigadores del Ministerio de Cultura y Educación, desarrollado en el IIEM de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa, Argentina. **Recibido el 2 de septiembre, aprobado el 29 de noviembre.**

**Profesora adjunta de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa, Argentina, e investigadora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, de la misma universidad. Socióloga, Especialista en Estudios Sociales y Culturales. Entre sus últimas publicaciones tenemos: “Modos de enfrentar el trabajo. Estrategias desplegadas por mujeres en Santa Rosa, La Pampa”. (2013) Revista *La Aljaba*; “Un proyecto propio: Trabajo, microcréditos y construcción de autonomía en mujeres pampeanas” (2013). En 11 Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. *El mundo del trabajo en discusión. Avances y temas pendientes*; “El trabajo con mujeres: los difusos límites entre la extensión y la investigación” (2012) Revista *EXT*. Email: lnorverto@gmail.com

miradas, al mismo tiempo que diluye los límites entre la investigación y la extensión.

La línea a la cual pertenece este trabajo estudia estrategias de generación de ingresos en mujeres –usuarias de microcréditos– que desarrollan proyectos grupales de autogestión en el período post crisis 2001, en Santa Rosa, La Pampa. Se trata de mujeres que agudizan su creatividad para enfrentar la desocupación sin políticas de protección social, y dentro de la informalidad, y que padecen múltiples desigualdades. Tratamos de constituir redes de conocimiento de construcción colectiva con mujeres trabajadoras mediante un abordaje cualitativo y un diseño flexible, en la búsqueda interpretativa de nuevas identidades y de propuestas que disminuyan la inequidad y desigualdad social.

El acceso al trabajo, la permanencia y la movilidad adquieren formas y recorridos diferenciados por género y evidencian la heterogeneidad del mundo laboral, al mismo tiempo que desnudan desigualdades. Estos aspectos han sido ignorados y “naturalizados” en las discusiones del mundo de trabajo, carencias que son evidenciadas por los aportes teóricos y metodológicos de los estudios de género, desde corrientes como la economía del cuidado.

Debido a que los diseños metodológicos convencionales resultan insuficientes para acercarnos a nuestro objeto de estudio, en este artículo nos proponemos rescatar algunos aportes teórico-metodológicos que consideramos de utilidad. Centraremos las reflexiones en dos aspectos: el análisis de los lazos entre distribución desigual del trabajo, desigualdades de género y pobreza; y la consideración de los diseños de proyectos productivos de las mujeres desde su faz creativa, para lo cual recurrimos a las contribuciones de corrientes vinculadas a recuperar las emociones, expresiones y creatividad humana como objetos narrativos.

El mundo del trabajo en discusión

Estudiar el mundo de trabajo con perspectiva de género, nos obliga a indagar en la vida cotidiana, en las experiencias como campo de análisis, en las estrategias de articulación con la vida familiar y en el ciclo vital como variable insoslayable. Esta enumeración de especificidades para analizar el trabajo de mujeres, da cuenta de la discriminación persistente,

y muestra los matices presentes – o claroscurios – en el mundo del trabajo.

¿Cómo llegamos a esto? ¿Por qué se torna necesario analizar la vida cotidiana, la biografía personal y los vínculos familiares para comprender los itinerarios laborales? Dichas variables – importantes para el análisis – dan cuenta de dos cuestiones: por un lado desnudan las desigualdades, por otro, muestran las insuficiencias metodológicas para el análisis de los trayectos laborales. Esta doble entrada tiene el trabajo: reflexionar sobre los nudos persistentes en la comprensión de un aspecto de la vida social, y tomar una posición crítica que denuncia condiciones de sufrimiento y de subordinación de las personas.

La actual presencia femenina en los espacios públicos y en la participación de nuestra vida política y social, es un logro que debemos reconocer a luchas militantes y acciones colectivas de mujeres. Este proceso de cambio visualiza avances en la ciudadanía femenina y medidas de acción positiva en la equidad de géneros. Sin embargo, la esfera ocupacional es un área muy sensible, donde se evidencia la discriminación de género, y donde persisten condiciones y posibilidades de empleo desiguales para grupos de oferentes igualmente productivos. Esta característica se agudiza en sectores que luchan por su subsistencia, quienes despliegan su creatividad para la gestión diaria de sus vidas, y son objeto de múltiples desigualdades –de clase, etárea, de género, espacial– al mismo tiempo que evidencian la falta de políticas integrales de protección social.

Cuando se toma como único indicador de paridad el aumento generalizado de la participación económica de las mujeres, se opacan y ocultan situaciones que son intrínsecas a la participación laboral femenina, generadoras de tensiones de difícil resolución. Entre ellas encontramos la el hecho de que las obligaciones y derechos al cuidado de los distintos integrantes de las familias, sigue siendo considerada mayoritariamente como una “responsabilidad” femenina, en una compleja dialéctica de reconstrucción de roles asignados y asumidos.

Ubicamos el trabajo doméstico y de cuidado en el centro de la reproducción social, pues tanto las modalidades que asume este trabajo como su distribución desigual se encuentran entre las raíces de las

inequidades de género y de la pobreza. Estas sombras en las oportunidades de trabajo de las mujeres, las segrega a actividades de menor valorización económica y social, al mismo tiempo que las tensiona ante situaciones de compatibilización de responsabilidades laborales y familiares, que parecieran ser de resolución privada e individual. Cuestión sumamente peligrosa, máxime si se produce en sectores vulnerabilizados y minorizados –no por cantidad de integrantes sino por condiciones de vida– al diluirse las condiciones estructurales de generación de los problemas, mediante la “aparición” de un problema privado y sexualizado.

Desde una concepción amplia de trabajo, comprendemos las actividades que producen bienes y servicios destinados al consumo o el intercambio con vistas a satisfacer necesidades humanas. Las mismas implican tiempo, desgaste de energía y generan valor. Tanto en las miradas económicas, como las sociológicas, han prevalecido aquellas que se circunscriben a los productos intercambiables en el mercado, desconociendo e invisibilizando los aportes económicos del trabajo reproductivo, como productor de bienes y servicios destinados al bienestar y a la cobertura de necesidades básicas de subsistencia de las personas. Son los estudios de género los que luchan por mostrar la incompletud de dichas miradas, y alumbran la “economía del cuidado” para evidenciar los aspectos “productivos” del trabajo reproductivo.

Mediante un análisis crítico de la economía y sus formas de medición, María Ángeles Durán (2006) se refiere a grupos sociales que han quedado sin teóricos que observen y teoricen sus actividades productivas.

No hay ciudadano del siglo XX, ni lo habrá en el siglo XXI, que no rezume pensamiento e información económica por todos sus poros, para referirse a su vida cotidiana y para explicar los acontecimientos internacionales. Pero las palabras, igual que los mercados, rara vez se mantienen en condiciones de competencia perfecta. Parecen limpias, pero no lo son. Y mucha gente tiene tan poco acceso a las palabras que necesita como los desfavorecidos que no acceden al pan o al agua.

Fue por el desasosiego que me producían algunas cifras, tan contradictorias con mi experiencia per-

sonal como ciudadana de a pie, por lo que empecé a mirar con mayor atención al cambiante mercado en que las palabras nacen y mueren. Algunas palabras han logrado sobrevivir muchos siglos, pero a costa de transformarse tanto que sólo permanece la arquitectura exterior de los fonemas sobreponiéndose a una idea vacía, o al menos vacía de su contenido original. Y es que comprar palabras, ejercer el derecho de usarlas, requiere una consciencia y un poder que pocos están en condiciones de ejercer. (Durán citado en Vara 2006, p. 6)

La separación propuesta bajo la consolidación del modo de producción capitalista, entre ámbitos privados y domésticos, y otros públicos –con lugares y organizaciones diferenciadas –ha colaborado con la negación e invisibilización del trabajo de “reproducción”, cuestión que es doblemente funcional a la reproducción del sistema capitalista. Esto favoreció el ocultamiento de las vinculaciones entre ambos tipos de trabajo, y produce la inequidad en la distribución de responsabilidades domésticas, entre los hogares y el estado –por un lado- y entre varones y mujeres, por el otro.

El trabajo de cuidado que se realiza al interior de los hogares, permite generar fuerza de trabajo presente y futura alimentada, higienizada, sana y educada; al mismo tiempo que se recrean en el ámbito doméstico valores esenciales como el respeto a las jerarquías, obediencia a las instrucciones, cumplimiento de horarios, rutinas y normas disciplinarias que se necesitan para establecer relaciones laborales.

Esta organización del cuidado puede verse como un mecanismo de regulación de la fuerza de trabajo. La división de responsabilidades “productivas” y “reproductivas” entre los miembros de los hogares, basada en la división sexual del trabajo, implica asimetrías en el reparto y restringe la inserción plena en el mercado de trabajo de las mujeres (Rodríguez, 2008)

En palabras de la feminista italiana Lía Cigarini (2011) quien entiende el trabajo en un sentido que supera ampliamente la concepción de mercancía, las mujeres al hablar de trabajo, economía y derecho, tienen la valentía de poner en primer plano el *sentir* que es una forma de conocimiento de la que disponen especialmente las mujeres. Al iniciar “otra

manera de narrar el mundo”, y escuchar el relato que las mujeres hacen del trabajo, describe que se está hablando del trabajo en sí, y no de la actividad de una minoría, sino de una mayoría, si consideramos trabajo tanto al de producción como al de reproducción de la existencia humana.

Queremos decir sí al trabajo y sí a la maternidad sin sentirnos obligadas a elegir. Cuando decimos sí al trabajo, decimos sí a un aspecto del vivir que es el dinero necesario para la comida, la ropa, la casa. Pero también es realización, crecimiento, invención, proyecto social. De eso no queremos ser excluidas si elegimos ser madres (...) en el doble sí que nosotras queremos, están incluidos el deseo y la ambición de volver a unir la producción y la reproducción: algo que la historia y la cultura de predominio masculino han separado. (Cigarini, 2011, p. 162)

Consideramos necesario incorporar estas cuestiones al analizar las dinámicas de las personas en sus itinerarios laborales, que en la mayor cantidad de estudios queda ignorada, para que la vida cotidiana y el ciclo vital no sean cuestiones de índole estrictamente privada y femenina; sino que se asuma – en su carácter político - como responsabilidad social y sin distinción genérica.

Prácticas y experiencias de mujeres como objetos de indagación

En sintonía con Sandra Harding (1998) los estudios que pretenden mostrar las actividades de las mujeres y el género, no deben contentarse con incorporarlas en sus análisis, pues no se trata de “sumar mujeres”. Desde una mirada epistemológica, Harding hace un recorrido de las investigaciones feministas y sintetiza que se centraron en el estudio de tres tipos de mujeres: las científicas, las mujeres que participaban en la “vida pública” y las mujeres que habían sido víctimas de las más explícitas formas de dominación masculina. Esto perpetúa la valorización de actividades que han sido consideradas “trascendentes” pare el mundo masculino.

Sin desconocer la importancia de estas líneas para los estudios de mujeres, la autora plantea que los aportes metodológicos de los estudios de género al abordaje de las ciencias sociales, consisten en

rescatar las *experiencias de las mujeres*, definir sus problemáticas desde la perspectiva de las mismas, y emplear estas experiencias como un indicador de la “realidad” contra la cual se deben contrastar las hipótesis, son ellas quienes deben develar y revelar cuáles han sido y son las *experiencias femeninas* (Harding citada en Bartra, 1998, p. 21).

Al respecto María Angeles Durán se muestra de acuerdo con la percepción de este vacío que persiste en la economía, y estimula su revisión y ocupación por parte de las investigadoras:

Desde los años ochenta, los movimientos de mujeres reclaman no sólo cambios legales y sociales, sino también la reconstrucción de todo el conocimiento. Y puesto que la ciencia económica, gerencial y contable, es sin duda ciencia orgánica de las sociedades capitalistas desarrolladas, la ciencia económica actual tiene que ser revisada, y ha de desarrollar campos hasta ahora invisibilizados por la escasa capacidad que las mujeres han tenido para crear conocimiento sistemático *desde* su perspectiva y *sobre* las actividades que las vinculan con el conjunto de la colectividad y con el sistema económico. (Durán citado en Vara, 2006: 11)

Como parte de este desafío, Harding señala otros dos requisitos que deben cumplir el estudio de las mujeres: *tomar posición a favor de las mujeres*, pues los propósitos de la investigación y de análisis son inseparables de los orígenes de dicho problema, y no basados en demandas de los organismos de salud, bienestar social, sistema judicial y otros que se preocupan por “el bienestar de las mujeres”. En segundo lugar, estos estudios deben *indagar sus preocupaciones, motivaciones, deseos y proyecciones*, lo cual nos acercará al conocimiento más profundo de la perspectiva femenina y de sus condicionantes de género, pudiendo así las mujeres estudiadas conocerse más a sí mismas y a su entorno.

En tercer lugar –y se trata de un requisito totalmente vinculado a los otros dos – Harding advierte la necesidad de *situar al/la investigadora/or en el mismo plano crítico que el objeto explícito de estudio*. Esto implica estudiar de “abajo hacia arriba”. Los condicionantes de clase, etnia, género, creencias, y comportamiento de los/as investigadores/as deben estar en el mismo plano de análisis que el objeto mismo. La investigadora o investigador se

presenta como un individuo real, histórico, concreto, con deseos e intereses particulares; sólo de esta manera avanzaremos en la necesaria “reflexividad de la ciencia social”.

Estos criterios dan cuenta de su utilidad al investigar la situación de mujeres de sectores populares usuarias de microcréditos para emprendimientos laborales. Para estudiar sus estrategias de vida e itinerarios laborales, es necesario trabajar desde “la vida misma de las mujeres”, ya que sus experiencias no se encuentran almacenadas en registros habituales de información científica, en los diseños de políticas gubernamentales, ni en fuentes de datos secundarios. Y trabajar desde la vida misma, desde sus experiencias, nos coloca también en un plano que no distingue la clásica y convencional división académica entre investigación y extensión. Realizar investigación-acción, desde las mujeres, con las mujeres, y para las mujeres –como trabajar con otros grupos subalternizados– implica conocer e intervenir al mismo tiempo, estudiar para transformar, construir saberes con y desde ellas. Y –tercer criterio necesario – exige *situarnos en un plano de indagación, que permita re-conocer los propios presupuestos y preconceptos, las marcas de género, clase, contexto cultural* en la tarea atenta propia del hacer sociológico, de des-naturalizar nuestros condicionantes y hacer extraño lo conocido.

Las experiencias de microcréditos en palabras de mujeres: su articulación con las tareas de cuidado

La alternativa de recurrir a microcréditos productivos, en la ciudad de Santa Rosa, La Pampa, se presentó a mujeres de sectores populares, en barrios periféricos de la ciudad, en los cuales se concentraban problemáticas de desocupación, y hogares en condiciones de pobreza en la primera década del siglo XXI. Mujeres con trayectorias laborales intermitentes y con bajos niveles educativos, un promedio de edad de 45 años, y con experiencias de trabajo vinculadas al servicio doméstico sin registro formal, producción de alimentos, y a la atención de personas – cuidado de niños/as y ancianos/as. En este contexto de crisis socio-económica y ocupacional, desde una organización no gubernamental se ofrecían préstamos de monto muy reducido a per-

sonas que no acceden a otras entidades crediticias – actualmente de inicio \$1000– con devolución semanal en cuotas de bajo interés, sin garantía material¹. Dichos préstamos son utilizados para actividades de producción de alimentos y servicios, comercios minoristas, confecciones artesanales, tejido, costura, tarjetería, reventa de indumentaria y *bijouterie*, venta de ropa usada, entre otras actividades generadoras de ingresos. Como señala Durán,

Sin la economía sumergida no pueden entenderse las condiciones de vida en la mayor parte de los países subdesarrollados o en vías de desarrollo, pero (esto) también afecta a países desarrollados. Desde la perspectiva social y política, la economía subterránea o no-observada es especialmente importante porque no se reparte por igual en el tejido productivo, sino que se concentra en territorios y grupos sociales específicos, como inmigrantes, mujeres y jóvenes. (Durán, 2006, p. 17)

La selección de estas actividades emprendidas por mujeres – además de responder a sus dificultades e intentos infructuosos de inserción laboral en el mercado de empleo formal – encuentra una propiedad constante: son compatibles con sus obligaciones familiares y tareas de atención del hogar y la familia. En sus propias palabras “esto lo puedo hacer porque lo cuido a él...”, “me permite organizar mis tiempos de otra manera”, “al ser una actividad propia dispongo el horario”, “no tengo horarios porque lo hago desde mi casa, trabajo todo el día pero estoy en mi casa...”, “otras cosas no puedo hacer porque tengo que cuidar a mis nietas, y esto lo puedo hacer con ellas”.

En los últimos años se ha avanzado en reconocer que cuidar de otras personas es un trabajo, porque permite la reproducción de la fuerza de trabajo que necesita la sociedad capitalista, genera valor, provoca desgaste de energías y absorbe tiempo; aunque socialmente aún no se lo reconozca como tal.

Cuidar implica la atención y satisfacción de aquellas necesidades físicas, biológicas, afectivas y emocionales que tienen las personas. Si bien todas las personas necesitan de cuidados, aquellas que

¹ Dicha organización adopta la metodología crediticia del Banco Grameen, ideado por Muhammad Yunus, como propuesta contra la pobreza. Para ver maneras de implementación en La Pampa, Argentina, véase Norverto, Lía (2013).

son dependientes, ya sea por encontrarse en los extremos de la vida (niñez, ancianidad) o por otras razones (enfermedades, discapacidad) requieren de una mayor cantidad de cuidados y/o de cuidados especiales. (Gherardi, Pautassi, Zibecchi, 2012: p. 9)

El trabajo de cuidado se desarrolla en ámbitos privados, al interior de los hogares y por ello es ocultado y desvalorizado. Es producto de relaciones interpersonales íntimas, como madre – hijo, hija – madre/padre, abuela- nieto, que se nutren de un componente afectivo- emocional, que es “naturalizado” en los actos de cuidar al otro y con el amor de quien/es reciben el cuidado. Se produce y genera como parte de las “obligaciones” vinculares, sostenidas por la afectividad.

Los cuestionamientos de economistas feministas, ayudan a

develar los rasgos androcéntricos de la economía que se evidencian en representaciones abstractas del mundo centradas en el mercado, donde se omite y excluye la actividad no remunerada o sin valoración mercantil, orientada fundamentalmente al cuidado de la vida humana y realizado mayoritariamente por mujeres. (Carrasco, 2006, p. 31)

Estas tareas de cuidado de la vida, se expresan como parte de las actividades cotidianas de las mujeres sin que ellas mismas las consideraren un “trabajo”. Sienten la necesidad –y obligación naturalizada– de realizar sus actividades mercantiles y remuneradas sin “descuidar” estas tareas. Así lo expresan ellas mismas:

“Traje la libreta de Zully, tiene un hijo con infección urinaria, le dieron turno para hoy, y por eso me avisó que no podía venir...” (E 4, producción de rosarios y otros objetos religiosos en madera)

“Hago esto porque puedo manejar un poco mis horarios, antes tenía 2 o 3 trabajos de limpieza, cuidó abuelos también, pero se me complica con los chicos, y no podía cumplir a veces o los tenía que dejar solos, con la venta me organizo y salgo con ellos o cuando están en la escuela” (E 7, venta de ropa ambulante)

“Tenemos que tratar sobre el crédito para Esther, yo se lo llevo si puede ser. Tiene el nene con asma, y tiene que dejarlo bien controlado, con la medicación y todo...es que se le juntó todo... debe llevar a Buenos Aires a la otra hija por unos quistes que tiene que tratarse, y de paso aprovecha para com-

prar la ropa, por eso necesita tener el crédito antes de viajar... Si no viene hoy el contador, yo lo llamo y le explico todo” (E 3, venta de ropa y cosméticos)

“Yo no puedo viajar esta vez a comprar, no me alcanza, y no puedo dejarlo a él (en referencia a un hijo adulto, con una enfermedad crónica) pero me compra una prima o Mary (compañera del grupo), ella viaja gratis porque tiene el certificado por su enfermedad... me compran, ya saben la calidad que me gusta, yo le encargo y así me ayudan...” (E 1, venta de ropa)

Al mismo tiempo asistimos al fenómeno de subutilización de la fuerza de trabajo femenina, al ser ésta menos “productiva” por la ausencia de políticas de conciliación. Una distribución desigual del cuidado limita y condiciona las oportunidades sociales de mujeres, en especial su autonomía económica, que es la base fundante del desarrollo y construcción de otros tipos de autonomía. La idea de *domesticidad* (Williams, 2000 en Rodríguez Enriquez, 2008) es útil ya que remite a dos características que generan segregación y exclusión de las mujeres en el mercado laboral: por una parte, la norma del “trabajador ideal” (ocupación en tiempo completo, dispuesto/a a dedicar horas extras, y a aceptar movilidad geográfica, que destine muy poco tiempo a las tareas del mantenimiento físico de su hogar y cuidado de las personas dependientes), y por otro lado, el hecho de que el sistema de provisión de servicios de cuidado marginaliza a quienes se ocupan de esa tarea. Esto exige un flujo disponible de trabajo doméstico que permita la atención de estas necesidades, posibilidad que tienen mayoritariamente los hombres en la estructuración genérica actual, puesto que la mayoría de ellos cuenta con el trabajo sin remuneración de las mujeres. Esta situación se agudiza en sectores de menores ingresos, donde se focaliza nuestra investigación, pues sus integrantes no pueden contratar estos servicios en el mercado. Por ello sostenemos que la distribución desigual de este tipo de trabajo se ubica en el centro de la reproducción de inequidades de género y de clase.

La inexistencia de políticas que garanticen de manera universal el derecho a cuidar a personas dependientes explica una de las razones por las cuales se reproducen los “círculos viciosos de la pobreza”. Los hogares que pueden afrontar el costo de con-

tratar servicios de cuidado privados tienen mayores posibilidades de elegir la combinación de trabajos y responsabilidades entre sus miembros. Los hogares de bajos ingresos – que suman mayor cantidad de integrantes dependientes – no pueden contratar esos servicios privados, con lo cual se eleva la probabilidad que las mujeres no puedan insertarse en el mercado laboral, o que lo hagan en forma precaria e intermitente. (Zibecchi, 2010).

De acuerdo con Rodríguez Enríquez (2008), sería necesario recrear nuevas maneras de organización del trabajo y del tiempo social de trabajo. Esto implicaría no buscar la equidad promoviendo la incorporación de las mujeres en el mercado laboral reiterando las dicotomías público – privado, sino modificar la relación entre trabajo de mercado y trabajo del hogar, para que todos los adultos – indistintamente de su condición genérica – puedan alcanzar sus ideales de empleo, personales, y familiares.

Las tensiones entre el trabajo productivo y el de cuidado se evidencian en los siguientes testimonios:

Puedo hacer esto porque acomodo mis horarios y no tengo que dejarlo a mi hijo, cuando cuidaba abuelos me gustaba mucho, me gusta ese trabajo, pero nadie puede encargarse de él; vender ropa, tener mi clientela, es algo que puedo hacer acorde a mis tiempos” (E 1, venta de ropa) 12

Por mi enfermedad no puedo trabajar como empleada, y me dieron certificado de discapacidad, aunque puedo hacer muchas cosas si estoy bien controlada con la medicación... y gracias al certificado viajo gratis. Compró para vender yo y le traigo mercadería a algunas de las chicas...” (E6, venta de *bijouterie* y regalos)

Como tengo pasaje libre y con un acompañante, le ofrecí a Nancy acompañarla a Mendoza, donde tiene su familia. Ella no podía viajar por los costos, y yo viajo gratis, acomodé el negocio con mi hija y una vecina, y la acompañé. Fue una satisfacción para mí ayudarla y los hijos me agradecieron muchísimo que les lleve a la mamá!” (E 6)

Cada 15 días viajamos al centro a buscar telas, con eso más o menos me alcanza, viajo siempre con él que tiene certificado por su enfermedad – señala a su pareja – para viajar gratis, como acompañante, y de esa manera puedo comprar las telas sin pagar boleto” (E 7, inicio de actividad de corte y confección)

Situaciones de vida desventajosas como enfermedades crónicas propias o de un pariente o amigo/a, se constituyen en condiciones que originan la actividad laboral, al mismo tiempo que posibilidades de disminuir costos. Un certificado de incapacidad para trabajar, habilita a un pase gratuito e incluso también en ocasiones cubre el pasaje de un acompañante. Dicha inhabilitación se torna habilitante para poder trasladarse de una ciudad a otra, o de un barrio al centro de la ciudad; para realizar actividades propias de su emprendimiento productivo/comercial, y se constituye en resolución de una situación problemática.

Estas estrategias encuentran similitudes a la investigación de Lourdes Angulo Salazar (2010), quien analiza en Jalisco, México, la circulación, usos y significados del dinero en mujeres usuarias de microcréditos. Analiza la imbricación entre aspectos monetarios y no comerciales en las prácticas cotidianas de producción y venta; que se entretienen con expectativas y compromisos con las redes familiares y sociales. Estas construyen variadas formas de arreglos familiares, que permiten el aumento de los ingresos de las mujeres, al mismo tiempo que avivan y mantienen vivos los vínculos; a través de las prácticas cotidianas de ayudas entre parientes, están construyendo un entorno presente y futuro donde es posible el retorno de diversas formas de soporte anímico, social y económico.

Estudiar las prácticas y desde las experiencias de las mujeres, nos conduce a otra herramienta metodológica aportada por investigadoras feministas: atender al carácter simbólico y a los entramados relacionales, como característica de las prácticas femeninas (Cigarini, 2011). Siguiendo esta directriz, veamos lo que nos dice una de las mujeres objeto de este estudio:

Para mí esto es mucho más que un trabajo, nos encontramos, hablamos nuestras cosas, no sólo temas del trabajo sino personales... es como una gran terapia grupal, nos ayudamos entre todas y levantamos a la que se cae, nos damos ánimo entre todas, porque todas estamos por lo mismo; y tenemos que darnos fuerza entre todas... (Relato en fiesta de fin de año de emprendedoras)

Entramados relacionales que construyen proyectos, sueños y futuros

El trabajo une deseo – como pulsión inmaterial puesta en juego en la subjetividad de quien trabaja – y condiciones materiales. Cigarini (2011) nos propone desplazar el punto de vista sobre el trabajo hacia el sentido del mismo; ya que reduciendo trabajo a mercancía – y a los indicadores económicos que podemos obtener de los estudios convencionales del mercado – se barren las subjetividades de quienes trabajan. De los relatos de experiencias se desprenden representaciones acerca del trabajo vinculadas a los deseos de autorrealización, de autonomía, de relación. En el mercado de trabajo también hay deseos, necesidades e intereses propios:

Entre ellos, el más agudo es la necesidad de relaciones, porque las mujeres saben que se nace en dependencia y se muere en dependencia. Saben que también la autonomía adulta se nutre de la capacidad de relación, mientras que la soledad puede conducir a un sufrimiento más letal que la escasez de dinero. Hay un modo de estar en el mercado que consiste en llevar a él bastante más que dinero y mercancías: también afectos, palabras, sociabilidad y atención a los demás. (Cigarini, 2011, p. 165)

Como fue planteado más arriba, estudiar significados y usos del dinero en usuarias de microcréditos, permite desentrañar – con el propósito también de cuestionar las tradicionales lecturas económicas y “descubrir” prácticas de mujeres – la imbricación entre aspectos monetarios y no comerciales en las relaciones y procesos económicos, para comprender cómo se entretejen compromisos y expectativas familiares – tramas vinculares - con prácticas de producción y venta; transacciones de compraventa, inversiones y préstamos. (Angulo Salazar, 2010).

Esta forma de análisis posibilita encontrar el carácter político a las experiencias y al saber de lo cotidiano, como una palanca que puede cambiar las formas de organización del trabajo y la economía. El estudio de relatos femeninos da cuenta de la significatividad del mundo de relaciones, deseos y sociabilidad, al mismo tiempo que proyección de autonomía y autorrealización en las prácticas laborales (Norverto, 2013). En estos relatos se evidencia lo que nos dicen Cigarini y Muraro:

La resistencia femenina al servilismo y, más modernamente, a la homologación con el mundo masculino, pertenece a un campo simbólico autónomo, a menudo poco conocido, pero siempre activo, que las mujeres mantienen abierto con el arte de las relaciones. La práctica feminista no ha hecho otra cosa que hacer pública y política este arte que pertenece a todas y cada una. Alguien lo resumió de este modo: “La práctica de las relaciones crea lo simbólico, aún más, es lo simbólico femenino. (Cigarini y Muraro, 2006, p. 31)

Quien también rescata las experiencias como unidades de análisis es Adrián Scribano (2011) al proponer vincular las Unidades de Experienciación con las tradicionales visiones sobre unidades de análisis y unidades de observación. Considera más pertinente la categoría de unidades de experienciación para indagar en el campo donde cuerpos, emociones y sensibilidades se cruzan e interactúan. Estos tres tipos de unidades deben entenderse en tensión permanente y auto-implicación mutua, con énfasis en re-dirigir la percepción en la pausa que se abre entre la observación y el análisis, cuando tratamos de captar la expresividad de la acción. Las experiencias vividas y sentidas, atraviesan sensibilidades al poner en palabras las sensaciones de “un proyecto propio”, algo que no podemos captar desde el discurso, ni desde la óptica de la rentabilidad, sino en toda la gestualidad que acompaña la expresión de estas mujeres – que en el diseño de emprendimientos laborales– hilvanan sueños de independencia y mayor autonomía. En palabras de Scribano,

Las manos, los ojos y el habla pintan horizontes de comprensión en una dialéctica entre habla y acción. Los “campos visuales” y las escenas de acción se constituyen en el entramado entre habla y acción que implica una unidad de percepción (...) en los procesos de narración de la experiencia se “enhebran” habla, historia social de los procesos biográficos, formas prácticas de relaciones con el mundo hechas cuerpo. (Scribano, 2011, p. 24)

Entendemos en su faz creativa al diseño de estrategias de generación de ingresos en forma asociativa, comunitaria o cooperativa en el período post-crisis, y como muestra de resistencias de la agencia humana a las estructuras que la condicionan. Para Vigotsky (citado en Scribano, 2011) crear es imagi-

nar, es elaborar imágenes que en un sentido amplio jamás podrán ser “privadas” y siempre se anclarán en lo que el sujeto tiene de social, en sus relaciones con lo real experimentado.

Toda acción de crear imágenes es al menos deudora de un proceso social de construcción, proceso que se convierte en huella para su interpretación y liga directamente con la vivencia/experiencia de sensaciones imaginadas, imaginables e inimaginables(...) Cuando los sujetos se expresan, cuando construyen imagen sintetizan de un modo u otro tres procesos concomitantes: la historia social de las imaginaciones posibles hechas cuerpo, la conexión del sujeto con la realidad en la que está inscripta su acción y el conjunto de emociones que porta y crea asociadas a sus propias creencias o pensamientos. (Scribano, 2011, p. 26)

Sentimiento y pensamiento mueven la creación humana, intelecto y emoción confluyen en un acto creador, y de esta manera podemos comprender la gestación y el diseño de alternativas de generación de ingresos, que superen su cara material—desde la que estamos habituados a mirar en la sociología del trabajo— para inmiscuirnos en el entramado simbólico que co-construye dicha materialidad. Esto lo expresa una de las mujeres estudiadas del modo siguiente:

Para mí levantarme a la mañana y abrir mi negocio es un sueño y un placer. Trabajé de empleada doméstica desde los 11 años, tener MI tienda es mucho para mí, no lo puedo transmitir, es algo que siento muy adentro...” (E 8, negocio de indumentaria unisex)

Las entrevistadas asocian *trabajo* a la relación de dependencia; “trabajar” es hacerlo para otros/as. Debe tenerse en cuenta que en servicios personales—como las tareas de cuidado y limpieza, y con un vínculo muy cercano entre empleador/a-empleada— esta dependencia es más notoria, ya que es inestable y fluctúa mucho en relación a las condiciones laborales y familiares del empleador/a. Sus experiencias laborales previas están vinculadas al trabajo doméstico y de cuidado, cargadas de desvalorización económica y social, al mismo tiempo que “naturalizadas” —por ellas también— como intrínsecas a su

condición femenina, para las cuales “cualquiera lo puede hacer” sin necesidad de preparación o capacitación para desempeñarse en las mismas.

Denominan “mi proyecto”, “mi emprendimiento” o “mi negocio” al describir su actividad independiente para la que obtuvieron el microcrédito, pero no suelen referirse a ella como “trabajo”, expresan un sentido de propiedad y pertenencia que no han logrado sentir en sus anteriores experiencias. En estas nuevas actividades, los aprendizajes y destrezas desvinculadas de lo estrictamente “doméstico” aparecen, como desafíos con potencial transformador:

Tuve el Plan Trabajar durante un montón de años, 20 años estuve!! Y no me tomaron la antigüedad, ni la experiencia, ni nada... hacía horas extras, le trabajé al gobierno más que muchos de los que siguen!! Y siempre en negro... le manejaba el Albergue yo, me encargaba de todo, imagínate... hasta que me cansé. Trabajar por miseria y que no te reconozcan... me cansé y mi marido me apoyó. *Un día me levanté y dije: no trabajo más!! y me dediqué a lo mío.* Si hago \$10 me quedan \$10, pero aproveché a aprender un montón de tejido, bordado, costura y cosas de artesanías que salí después a vender. De todo sé hacer yo, si no hago una cosa hago otra y en cada feria que puedo llevo mis cosas. De hambre no me voy a morir” (E 3, venta de ropa unisex ambulante y ahora en local propio, tejido y *bijouterie* artesanal. Énfasis añadido).

Somos independientes, no nos manda nadie, eso no tiene precio. Para mí tener esta actividad independiente es fantástico, aunque ando todo el día en la calle, es algo que me pertenece y me lo demuestra la forma en que aumento clientes, y me va cada vez mejor (E 9, venta de pasteles y panificación).

El trabajo como concepto está unido a las experiencias de dependencia y a la inestabilidad, mientras que el “proyecto propio” en su potencial transformador y de cambio, queda vislumbrado como futuro y posibilidad: “Mi proyecto no funcionó, se cayó y tuve que cambiar, pero en éste espero que me vaya bien, va a andar mejor...” (E 6, inicialmente venta de ropa, luego empanadas, actualmente regalos y *bijouterie*). Evidentemente, el proyecto propio aparece como imagen de liberación, de futuro, de posibilidad, de independencia y propiedad.

A modo de conclusión

Como fue adelantado en la presentación, la producción de conocimiento potencia su impacto si a la denuncia de las desigualdades le sumamos propuestas transformadoras, y mediante un compromiso con las realidades que estudiamos. Es necesario actuar desde las normativas, la concientización, las políticas de empleo, para modificar el prototipo de “trabajador ideal”, logrando que en este concepto se incluyan múltiples formas de organización del cuidado, donde las personas puedan combinar trabajo productivo, reproductivo y no trabajo, que satisfaga aspiraciones y logre bienestar personal y colectivo. Propiciar la formulación de políticas públicas que integren el componente del cuidado como un eje de desarrollo social y económico, valorizarlo como responsabilidad colectiva y visibilizar el impacto de la división sexual del trabajo es una meta por la

que debemos seguir luchando, en pos de disminuir la desigualdad de género y la pobreza. Y ayudar a que los proyectos personales y colectivos –de grupos subalternizados– puedan avanzar de la imagen a la construcción real de autonomía.

Para finalizar, considero necesario señalar que estas herramientas conceptuales y metodológicas descritas, significan un aporte muy valioso para aquellos/as a quienes nos preocupan las configuraciones de nuevas identidades, y la compleja producción de la vida misma; para dar luz en los estudios de las mujeres, de los sectores vulnerabilizados, de la diversidad y de las ciencias sociales en su totalidad. El rescate y la valoración de las experiencias subjetivas humanas nos sitúan en el plano de nuestra propia reflexividad para aportar a la construcción de conocimiento intersubjetivo.

Referencias

- Angulo Salazar, Lourdes. (2010). Circulación, usos y significados del dinero en mujeres usuarias de microcréditos. *La Ventana, Revista de Estudios de Género*. 4(32). Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-94362010000200006&lng=pt&nrm=iso&tlng=pt
- Carrasco, Cristina. (2006). La economía feminista: una apuesta por otra economía. En Vara, María Jesús (Coord.). *Estudios sobre género y economía*, (pp. 43-62). Madrid: Ediciones Akal.
- Cigarini, Lía. (2011). El trabajo es mucho más que mercancía. *Duoda, Estudios de la diferencia sexual*, 40, 160-166.
- Cigarini, Lía y Muraro, Luisa. (2006). Feminismos del siglo XXI. *Lectora*, N° 12. 25-32
- Durán, María. (2006). Prólogo. El mercado de las palabras. En Vara, María Jesús (Coord.). *Estudios sobre género y economía*, (pp. 6-21). Madrid: Ediciones Akal.
- Harding, Sandra y Bernal, Gloria. (1998). ¿Existe un método feminista?. En Bartra Eli (Comp.). *Debates en torno a una metodología feminista*, (pp. 9-34). México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Norverto, Lía. (2013). Modos de enfrentar el trabajo. Estrategias desplegadas por mujeres en Santa Rosa, La Pampa. *La Aljaba*, Segunda época, Volumen XVII.
- Rodríguez, Corina. (2008). ¿Cuánto hay de economía en la economía del cuidado? (y por qué esto debería interesarnos). De sol a sombra: el trabajo de las mujeres al cuidado de los otros. *Cuadernos Mujer Salud/13*. Red de salud de las mujeres latinoamericanas y del Caribe (RSMLAC).
- Scribano, Adrián. (2011). Vigotsky, Bhaskar y Thom: Huellas para la comprensión (y fundamentación) de las Unidades de Experienciación. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*, 1(1), 21-35.
- Zibecchi, Carla. (2010). Programas sociales y responsabilidades de cuidado infantil: un abordaje desde las estrategias de los actores. En Laura Pautassi (Org.). *Debates actuales en la Argentina*, (pp. 179-220). Buenos Aires: Biblos.